

para Jerusalén, entregando al saqueo las casas de los cristianos. Los jefes del ejército cristiano recibieron al mismo tiempo á una diputación de los fieles de Belén, que pedían socorros contra los turcos. Godofredo recibió con afabilidad á los diputados é hizo partir al momento á Tancred con cien caballeros armados, los cuales fueron recibidos en Belén con mucho entusiasmo por parte del pueblo cristiano, acompañándole á visitar el establo en donde nació el Salvador de los hombres. El valiente Tancredo hizo enarbolar su bandera sobre la santa capital, á la misma hora en que fué anunciado el nacimiento de Jesús á los pastores de la Judea.

Nadie pudo descansar durante la noche que acampó el ejército en Anathot. Un eclipse de luna convirtió de repente la claridad en tinieblas, mostrándose aquélla con un velo ensangrentado; los peregrinos se horrorizaron, pero «los que conocían la marcha y el movimiento de los astros», dice Alberto de Aix, tranquilizaron á sus compañeros, diciéndoles que un eclipse de sol hubiera podido ser funesto á los cristianos, pero que un eclipse de luna anunciaba evidentemente la destrucción de los infieles. Así que amaneció, todo el mundo se puso en marcha. Los cruzados dejaban á su derecha el castillo de Modín, que aunque célebre por la sepultura de los Macabeos, sus venerables ruinas no atraían sus miradas, fijas tan sólo en Jerusalén. Atravesaron sin detenerse el valle de Teberinto, el torrente en que David cogió los cinco guijarros con los que derribó al gigante Goliat; á su derecha é izquierda se elevaban las montañas en donde acamparon los ejércitos de Israel y los de los filisteos, sitios ya descritos anteriormente; mas todos estos recuerdos eran inútiles para los guerreros de la Cruz. Así que hubieron trepado por la última montaña que les separaba de la Santa Ciudad, presentóseles de repente la vista de Jerusalén. Los primeros que la vieron, exclamaron con la mayor alegría: ¡Jerusalén! ¡¡Jerusalén!! El nombre de Jerusalén vuela de boca en boca, de división en división, y resuena en el valle donde se encuentra la retaguardia de los cruzados. Los unos se apean de sus caballos y se arrodillan, los otros besan la tierra pisada por el Salvador, muchos dejan las armas en el suelo, y señalando la Ciudad de Jesucristo, repiten juntos: ¡Dios lo quiere! ¡¡Dios lo quiere!! renovando el juramento tantas veces hecho de libertar á Jerusalén.

Como Jerusalén, bajo la dominación de los musulmanes, excitaba sin cesar la ambición de los conquistadores, disputándose cada día nuevos enemigos su posesión, de ahí sus célebres fortificaciones. Los egipcios que acababan de conquistarla de los turcos, se preparaban para defenderla, no

contra los guerreros que ellos habían vencido, pero sí contra enemigos que las murallas de Antioquía y los ejércitos numerosos no habían podido contener en su marcha victoriosa.

Al aproximarse los cruzados, el lugarteniente del califa, Ifikharedaulé, había hecho envenenar las aguas habiéndose circuido de una especie de desierto, en el cual los cristianos debían experimentar toda clase de privaciones. Los víveres y las provisiones necesarias para un largo sitio habían sido transportadas dentro de la plaza. Un gran número de operarios trabajaban noche y día en ahondar los fosos, y reparar las torres y las murallas, ascendiendo la guarnición á cuarenta mil hombres, pues veinte mil habitantes habían tomado las armas. Los ministros de la religión musulmana exhortaban al pueblo á la defensa de la Ciudad; y los centinelas vigilaban sin cesar, sobre los minaretes, sobre las murallas de Jerusalén y sobre la montaña de los Olivos.

Durante la noche que precedió á la llegada del ejército cristiano, muchos guerreros egipcios se habían adelantado á los cruzados. Balduino de Bourg, con sus caballeros, marchó á su encuentro; pero abrumado por el número de sus enemigos, fué prontamente socorrido por Tancredo, que acudió desde Belén. Despues de haber perseguido al enemigo hasta las puertas de la Santa Ciudad, el héroe normando dejó á sus compañeros y volvióse solo al monte de los Olivos, desde donde contempló tranquilamente la ciudad prometida á la devoción y á las armas de los peregrinos; pero fué interrumpido en su piadosa contemplación por cinco musulmanes que salieron de la ciudad y vinieron á atacarle. Tancredo no trató de evitar el ataque; tres de ellos sucumbieron bajo su acero y los otros dos huyeron hacia Jerusalén.

Sin apresurarse de modo alguno, Tancredo fué á reunirse con el ejército, que con el mayor entusiasmo se adelantaba sin orden aproximándose á la Santa Ciudad, cantando estas palabras de Isaías: «Jerusalén, alza los ojos y mira al libertador que viene á romper tus cadenas».

Al día siguiente de su arribo, los cruzados se ocupaban en formar el sitio de la plaza. La esplanada cubierta de olivos que se extiende por la parte septentrional, era el lugar más á propósito para acampar el ejército al rededor de la ciudad. Godofredo de Bouillon, Roberto, conde de Normandía, y Roberto, conde de Flandes, levantaron sus tiendas en medio de esta esplanada; estudióse el campamento desde la gruta de Jeremías hasta el sepulcro de los reyes. Tenía delante la puerta llamada de Damasco y la pequeña puerta de Herodes.

Tancredo sentó sus reales á la derecha de Godofredo y de los dos

condes, sobre el terreno que mira al Noroeste de las murallas. Después del campamento de Tancredo seguía el de Raimundo, conde de Tolosa, frente de la puerta de Poniente. Sus tiendas cubrían las alturas llamadas colinas de San Jorge, separadas de las murallas por el estrecho valle de Raphaïm y por un vasto estanque. Esta posición no le permitía concurrir activamente á los trabajos del sitio, y por esto determinó trasladar parte de sus tropas hacia el lado meridional de la ciudad, esto es, sobre el monte Sión, en el mismo lugar en donde Jesucristo había celebrado la Pascua con sus discípulos. Entonces, como hoy día, la parte del monte Sión que no cae dentro de la Ciudad, presentaba poca extensión. Los cruzados que se habían colocado en este punto, podían ser alcanzados por las flechas lanzadas de lo alto de las torres y de las murallas. Las disposiciones militares de los cristianos dejaban libres los costados de la Ciudad, defendidos por el Mediodía por el valle de Gihón ó de Siloé, y al Oriente por el valle de Josafat. La Ciudad Santa fué cercada tan sólo á medias por los peregrinos. Solamente se había establecido sobre el monte de los Olivos un campo de vigilancia.

Cada paso que daban los peregrinos al rededor de Jerusalén, les suscitaba un recuerdo religioso. En este territorio, reverenciado por los cristianos no hay valles ni peñascos que no tengan un nombre en la Historia Sagrada. Todo cuanto veían aumentaba su entusiasmo; no pudiendo sobre todo desviar la vista de la Santa Ciudad, cuyo estado de abatimiento les condolía. Esta Ciudad, en otro tiempo tan magnífica y suntuosa, parecía sepultada dentro de sus propias ruinas, y era preciso, para servirnos de las mismas expresiones de Josefo, preguntar al mismo Jerusalén dónde estaba Jerusalén. Con sus casas cuadradas, sin ventanas y cuyo remate era un terrado liso, se ofrecía á los ojos de los cruzados como una masa enorme de piedras hacinadas entre peñascos. *Sólo se veía descollar en su recinto algunos cipreses y palmeras por en medio de los que se elevaban varios campanarios en el cuartel de los cristianos y algunas mezquitas en el de los infieles. En los valles y sobre los puntos cercanos de la Ciudad, que las antiguas tradiciones representaban como cubiertas de jardines y de sombra agradable, crecían apenas algunos olivos y espinosos arbustos. El aspecto de estas áridas campiñas, de estas rocas cortadas, de este suelo enfermo y rojizo y de esta naturaleza quemada por el sol, presentaba por todas partes á la imaginación de los peregrinos imágenes de luto, é inspiraba una sombría tristeza á sus sentimientos religiosos. Les parecía oír la voz de los profetas que habían anunciado la esclavitud y las desgracias de la

Ciudad de Dios, y en favor de su devoción se creían llamados á devolver á aquélla su brillo y esplendor.

Lo que inflamó todavía más y más el celo de los cruzados para liberar la Santa Ciudad, fué la llegada de un gran número de cristianos que habían salido de Jerusalén, y que privados de sus bienes y arrojados de sus casas, venían en busca de socorro y de asilo. Estos cristianos contaron los padecimientos é insultos de que habían sido víctimas los que profesaban la religión de Jesucristo. Los musulmanes se habían quedado en rehenes á las mujeres, niños y ancianos, y los hombres que eran aptos para empuñar las armas, eran condenados á los trabajos más penosos. El jefe principal del hospital de los peregrinos había sido cargado de cadenas, lo mismo que otros muchos cristianos. Se habían robado todos los tesoros de las iglesias para atender de esta manera al equipo de los soldados musulmanes. El patriarca Simeón había pasado á la isla de Chipre con el objeto de implorar la caridad de los fieles de salvar á su rebaño amenazado de muerte, si no pagaba el enorme tributo impuesto por los opresores de la Santa Ciudad. En fin, cada día los cristianos de Jerusalén eran víctimas de nuevos ultrajes, y varias veces los infieles habían formado el proyecto de entregar á las llamas el Santo Sepulcro y la iglesia de la Resurrección.

Los cristianos fugitivos, mientras hacían tan dolorosas relaciones, exhortaban á los peregrinos á que activasen el ataque contra Jerusalén. Desde los primeros días del sitio, un ermitaño que había fijado su retiro en la montaña de los Olivos, vino á reunir sus súplicas con las de los cristianos echados de la ciudad, y pidió encarecidamente á los cruzados, en nombre de Jesucristo, que diesen el ataque general. Estos, que no tenían ni escalas ni máquinas de guerra, siguieron los consejos del piadoso ermitaño, y creyeron que su audacia y sus espadas bastaban para derribar las murallas de los enemigos. Los caudillos, que habían presenciado tantos prodigios obrados por el valor y el entusiasmo de sus soldados, y que no habían olvidado la terrible miseria sufrida en el sitio de Antioquía, cedieron fácilmente á la impaciencia del ejército; y desde este momento, la vista de Jerusalén inflamó los corazones de un ardor que parecía invencible, no dudando los menos crédulos que Dios secundaría su valor por medio de milagros.

Dada la primera señal, el ejército cristiano avanzó ordenadamente hacia las murallas. Los unos reunidos por batallones en columna cerrada, se guarecían con sus escudos que forman sobre sus cabezas una especie de bóveda impenetrable, y se esforzaban en destruir la muralla con el auxilio de la pica y el martillo; mientras que el resto del

ejército, formado á alguna distancia en línea de batalla, ofendía á la Ciudad con la honda y la ballesta. El aceite, la pez hirviendo, piedras enormes y grandes vigas, caían sin cesar sobre las primeras filas de los cruzados. Nada podía intimidar el valor de los sitiadores. Ya el atemuro había cedido á sus esfuerzos, pero la muralla interior les oponía un obstáculo insuperable. Sólo se encontró una escala que pudiese llegar á lo alto de las murallas: mil valientes se disputaron el honor de subir en ella, y algunos que se habían encaramado hasta casi arriba de todo, luchaban cuerpo á cuerpo con los egipcios, que no podían comprender tanto valor y heroísmo. Sin duda los cruzados hubieran entrado en Jerusalén el mismo día, si hubiesen tenido las máquinas de guerra y demás útiles necesarios, pero los sitiados recobraron aliento y los primeros que dieron el asalto no pudieron ser socorridos por sus compañeros, que sólo encontraron una muerte gloriosa sobre las murallas de la Santa Ciudad.

Los cristianos regresaron á su campamento.

Sin embargo, los trabajos del sitio no colmaban la impaciencia de los cruzados, no pudiendo evitar tampoco los males que amenazaban todavía al ejército cristiano. Así que los peregrinos llegaron delante de Jerusalén, se desarrollaron los más grandes calores del verano. El torrente de Cedrón estaba seco; todas las cisternas vecinas habían sido envenenadas. La fuente de Siloé que manaba á intervalos, no podía bastar á la multitud de peregrinos que acudían á ella. Bajo un cielo de fuego, en medio de una árida comarca, el ejército cristiano se encontró bien pronto víctima de los horrores de la sed.

Desde este momento una sola idea ocupaba la mente de los jefes y de los soldados, esto es: la de procurarse el agua necesaria. La mayor parte de los peregrinos, arriesgándose á caer en manos de los musulmanes, recorrían noche y día las montañas y los valles, y cuando habían descubierto una fuente ó una cisterna, todos acudían en tropel y hasta se disputaban con las armas algunas gotas de agua cenagosa. Los habitantes del país traían al campo pellejos llenos de agua que habían sacado de las cisternas viejas ó de los pantanos; la muchedumbre sedienta se arrojaba á ellos y hasta los peregrinos más miserables daban algunas monedas, para obtener algunos sorbos de una agua fétida, mezclada con gusanos malignos y sanguijuelas que les causaba enfermedades mortales. Cuando daban de esta agua á los caballos, éstos la olfateaban y manifestaban su repugnancia, rechazándola con un fuerte resoplido; y careciendo de buenos pastos, echados sobre un suelo lleno de inmundicia, no se animaban ya al toque del clarín de

guerra, ni casi tenían fuerzas suficientes para llevar á los jinetes al combate.

Las bestias de carga, completamente abandonadas, perecían miserablemente, y la putrefacción que arrojaban sus cadáveres inficionaba la atmósfera de exhalaciones venenosas.

Cada día la posición de los cruzados se hacía más crítica; cada día el sol era más abrasador, la aurora no tenía rocío y las noches no eran menos calurosas que los días. Los guerreros más esforzados y robustos imploraban la lluvia á los milagros, por los cuales el Dios de Israel había hecho manar de las peñas del desierto una hermosa y cristalina agua. Todos maldecían este país, cuyo primer aspecto les había llenado de alegría, pero que desde el principio del sitio parecía vomitar sobre ellos las furias del infierno. Los más fervorosos no podían comprender como, estando delante de la ciudad de la salud, tenían que sufrir tanto, pero no disminuyendo en lo más mínimo su entusiasmo y deseando la muerte, se veía algunas veces como se precipitaban sobre las murallas de la Ciudad de Dios y besaban las invencibles piedras, exclamando con los ojos llenos lágrimas: «¡Oh Jerusalén! recibe nuestros últimos suspiros; que tus murallas caigan sobre nosotros y que la santa polvoreda que te circuye cubra nuestros huesos».

La falta de agua había llegado á tal punto, que apenas se acordaban de los escasos víveres de que podían disponer. Todos los infortunios se habían reunido para agobiar á los cruzados. Si los sitiados hubiesen atacado al ejército cristiano, estando en esta disposición, le hubieran vencido fácilmente; pero el Oriente no había olvidado las victorias de los soldados de la Cruz, y este recuerdo les protegía en medio de sus apuros; sin embargo, preciso es decir que hubo momentos durante los cuales se entregaron á la desesperación, pero jamás conocieron el miedo. Su histórica seguridad, en medio de tantos males y peligros que les rodeaban, los hizo respetar de sus mismos enemigos, que temblaban al verles, creyéndoles invencibles.

Mientras que los cristianos se lamentaban de la miseria y sobre todo de no tener las máquinas de guerra suficientes para asaltar de nuevo la plaza, les llegó repentinamente un socorro que por cierto no esperaban. Se supo en el campamento que una flota genovesa había entrado en el puerto de Joppe, cargada de municiones y de provisiones de toda especie. Semejante noticia causó suma alegría á la multitud de peregrinos. Un cuerpo de trescientos hombres, mandado por Raimundo Pelet, partió para servir de vanguardia al convoy que el cielo parecía enviar al ejército cristiano. Estos trescientos guerreros, después de haber batido,